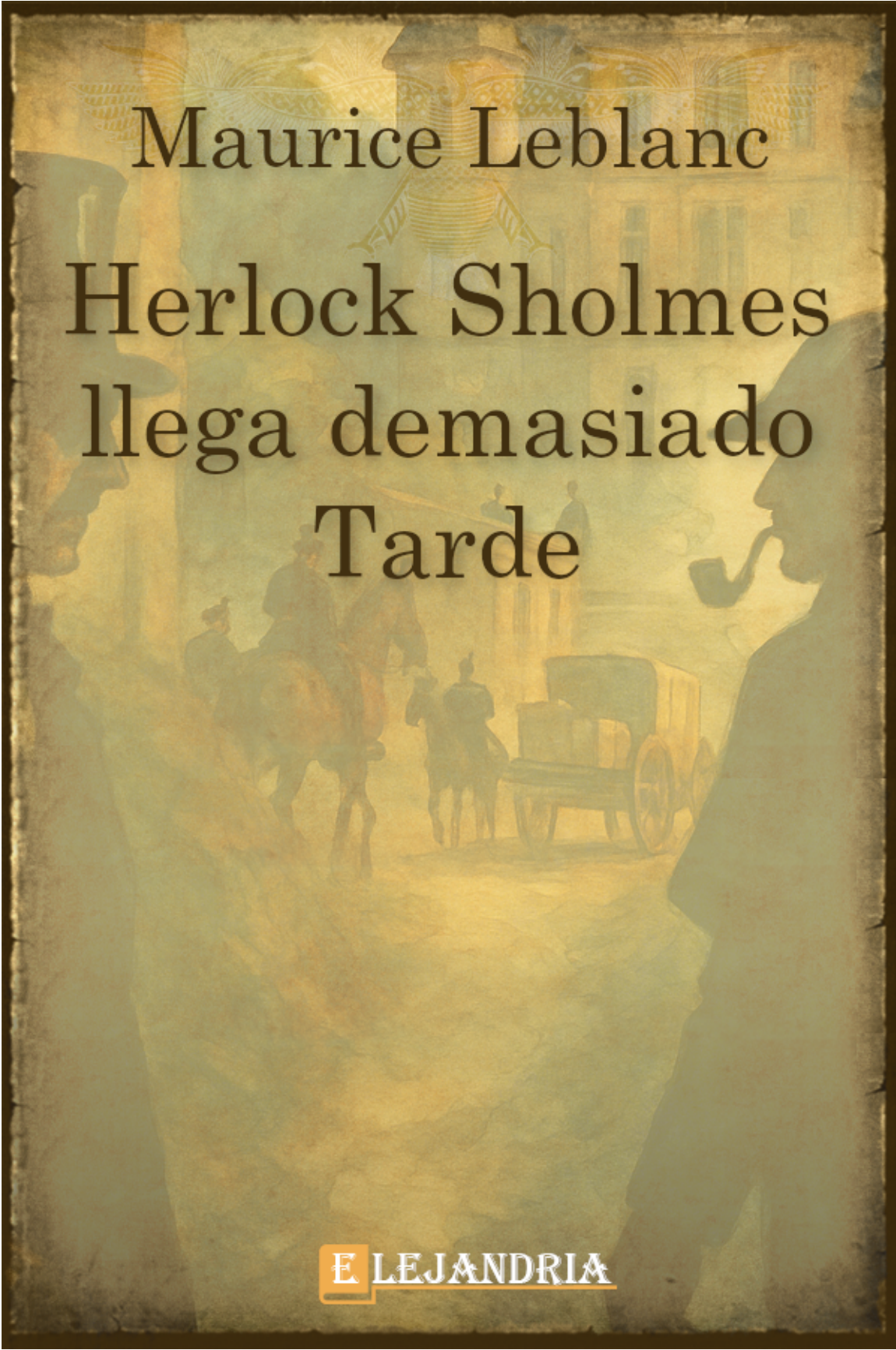


Maurice Leblanc
Herlock Sholmes
llega demasiado
Tarde

E LEJANDRIA



Maurice Leblanc
Herlock Sholmes
llega demasiado
Tarde

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

HERLOCK SHOLMES LLEGA DEMASIADO TARDE

MAURICE LEBLANC

PUBLICADO: 1907
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

HERLOCK SHOLMES LLEGA DEMASIADO TARDE

—¡Es extraño lo que se parece usted a Arsène Lupin, Vermont!

—¿Lo conoce usted?

—¡Oh!, como todo el mundo, por sus fotografías, de las que ninguna es igual a las otras, pero cada una de las cuales deja la impresión de una fisonomía idéntica... que es exactamente la suya.

Horace Vermont pareció más bien molesto.

—¿Verdad que sí, mi querido Devanne? Y créame que no es usted el primero en hacerme esa observación.

—Hasta tal punto —insistió Devanne— que si no me lo hubiera recomendado mi primo d'Estevan, y si no fuera usted el conocido pintor cuyas bellas marinas admiro, me pregunto si no habría avisado a la policía de su presencia en Dieppe.

La ocurrencia fue acogida con una risa general. Se encontraban allí, en el gran comedor del castillo de Thibermesnil, además de Vermont: el abate Gélis, cura del pueblo, y una docena de oficiales, cuyos regimientos maniobraban en los alrededores y que habían respondido a la invitación del banquero Georges Devanne y de su madre. Uno de ellos exclamó:

—Pero, ¿no se ha señalado precisamente a Arsène Lupin en la costa, después de su famoso golpe del rápido de París a El Havre?

—Perfectamente, hace de eso tres meses, y a la semana siguiente trabé conocimiento en el casino con nuestro excelente Vermont,

quien, desde entonces, ha tenido a bien honrarme con algunas visitas; agradable preámbulo de una visita domiciliaria más seria que me hará uno de estos días... io más bien una de estas noches!

Se rieron de nuevo y pasaron a la antigua sala de guardia, una vasta estancia, muy alta, que ocupa toda la parte inferior de la torre de Guillermo, y donde Georges Devanne ha reunido las incomparables riquezas acumuladas a través de los siglos por los señores de Thibermesnil. La decoran bargueños y credencias, morillos y candelabros. Magníficos tapices cuelgan de los muros de piedra. Las troneras de las cuatro ventanas son profundas, provistas de bancos, y terminan en crucerías ojivales con vidrieras enmarcadas en plomo. Entre la puerta y la ventana de la izquierda, se erige una biblioteca monumental de estilo renacentista, en cuyo frontón se lee, en letras de oro, «Thibermesnil» y debajo, el altivo lema de la familia: «Fais ce que veulx» (Haz lo que quieras).

Y mientras se encendían los puros, Devanne reanudó:

—Solo que dese prisa, Velmont, es la última noche que le queda.

—¿Y por qué? —dijo el pintor, que, decididamente, se tomaba la cosa a broma.

Devanne iba a responder cuando su madre le hizo una seña. Pero la excitación de la cena, el deseo de interesar a sus huéspedes, pudieron más.

—¡Bah! —murmuró—, ya puedo hablar. Una indiscreción ya no es de temer.

Se sentaron a su alrededor con viva curiosidad, y él declaró, con el aire satisfecho de quien anuncia una gran noticia:

—Mañana, a las cuatro de la tarde, Herlock Sholmès, el gran detective inglés para quien no existe misterio; Herlock Sholmès, el más extraordinario descifrador de enigmas que jamás se haya visto; el prodigioso personaje que parece forjado enteramente por la imaginación de un novelista, Herlock Sholmès será mi huésped.

Hubo exclamaciones. ¡Herlock Sholmès en Thibermesnil! ¿Era, pues, serio? ¿Se encontraba realmente Arsène Lupin en la comarca?

—Arsène Lupin y su banda no andan lejos. Sin contar el asunto del barón Cahorn, ¿a quién atribuir los robos de Montigny, de Gruchet, de Crasville, si no es a nuestro ladrón nacional? Hoy me toca a mí.

—¿Y está usted avisado, como lo estuvo el barón Cahorn?

—El mismo truco no funciona dos veces.

—¿Entonces?

—¿Entonces?... Pues entonces, he aquí.

Se levantó y, señalando con el dedo, en uno de los estantes de la biblioteca, un pequeño espacio vacío entre dos enormes infolios:

—Ahí había un libro, un libro del siglo XVI titulado la Crónica de Thibermesnil, que era la historia del castillo desde su construcción por el duque Rollon sobre el emplazamiento de una fortaleza feudal. Contenía tres láminas grabadas. Una representaba una vista caballera del dominio en su conjunto, la segunda el plano de los edificios y la tercera —y llamo su atención sobre esto— el trazado de un subterráneo cuya una de las salidas se abre al exterior de la primera línea de las murallas, y cuya otra desemboca aquí, sí, en la misma sala donde nos encontramos. Pues bien, ese libro ha desaparecido desde el mes pasado.

—¡Diablos! —dijo Velmont—. Es mala señal. Solo que eso no basta para motivar la intervención de Herlock Sholmès.

—Ciertamente, no habría bastado si no hubiera ocurrido otro hecho que da a lo que acabo de contarles todo su significado. Existía en la Biblioteca Nacional un segundo ejemplar de esta Crónica, y esos dos ejemplares diferían en ciertos detalles concernientes al subterráneo, como el establecimiento de un perfil y de una escala, y diversas anotaciones, no impresas, sino escritas a tinta y más o menos borradas. Yo conocía estas particularidades y sabía que el trazado definitivo solo podía reconstituirse mediante una

confrontación minuciosa de los dos mapas. Pues bien, al día siguiente de la desaparición de mi ejemplar, el de la Biblioteca Nacional fue solicitado por un lector que se lo llevó sin que fuera posible determinar las condiciones en que se efectuó el robo.

Exclamaciones acogieron estas palabras.

—Esta vez, el asunto se pone serio.

—Por eso, esta vez —dijo Devanne—, la policía se conmovió y hubo una doble investigación que, por otra parte, no tuvo ningún resultado.

—Como todas aquellas de las que Arsène Lupin es objeto.

—Precisamente. Fue entonces cuando se me ocurrió pedir su colaboración a Herlock Sholmès, quien me respondió que tenía el más vivo deseo de entrar en contacto con Arsène Lupin.

—¡Qué gloria para Arsène Lupin! —dijo Velmont—. Pero si nuestro ladrón nacional, como usted lo llama, no alberga ningún proyecto sobre Thibermesnil, ¿Herlock Sholmès no tendrá más que cruzarse de brazos?

—Hay otra cosa que le interesará vivamente: el descubrimiento del subterráneo.

—¡Cómo! ¡Nos ha dicho que una de las entradas se abre al campo y la otra en este mismo salón!

—¿Dónde? ¿En qué lugar de este salón? La línea que representa el subterráneo en los mapas termina, en efecto, por un lado en un pequeño círculo acompañado de estas dos mayúsculas «T. G.», lo que sin duda significa, ¿no es así?, Torre de Guillermo. Pero la torre es redonda, ¿y quién podría determinar en qué punto del círculo comienza el trazado del dibujo?

Devanne encendió un segundo puro y se sirvió un vaso de beneditino. Lo acosaban a preguntas. Él sonreía, feliz del interés provocado. Finalmente, sentenció:

—El secreto se ha perdido. Nadie en el mundo lo conoce. De padres a hijos, dice la leyenda, los poderosos señores se lo transmitían en su lecho de muerte, hasta el día en que Geoffroy, último de su nombre, fue decapitado en el cadalso, el 7 de termidor del año II, a sus diecinueve años.

—Pero, desde hace un siglo, ¿se habrá buscado?

—Se ha buscado, pero en vano. Yo mismo, cuando compré el castillo al sobrino bisnieto del convencional Leribourg, hice hacer excavaciones. ¿Para qué? Piense que esta torre, rodeada de agua, solo está unida al castillo por un punto, y que es necesario, en consecuencia, que el subterráneo pase por debajo de los antiguos fosos. El plano de la Biblioteca Nacional muestra, además, una serie de cuatro escaleras que suman cuarenta y ocho escalones, lo que supone una profundidad de más de diez metros. Y la escala, anexa al otro plano, fija la distancia en doscientos metros. En realidad, todo el problema está aquí, entre este suelo, este techo y estos muros. A fe mía, confieso que dudo en demolerlos.

—¿Y no se tiene ningún indicio?

—Ninguno.

El abate Gélis objetó:

—Señor Devanne, debemos tener en cuenta dos citas.

—¡Oh! —exclamó Devanne riendo—. El señor cura es un rebuscador de archivos, un gran lector de memorias, y todo lo que toca a Thibermesnil le apasiona. Pero la explicación de la que habla no sirve más que para enredar las cosas.

—Pero, ¿aun así?

—¿Insiste usted?

—Enormemente.

—Sabrá usted, pues, que de sus lecturas se desprende que dos reyes de Francia tuvieron la clave del enigma.

—¡Dos reyes de Francia!

—Enrique IV y Luis XVI.

—No son cualquiera. ¿Y cómo está el señor abate al corriente...?

—¡Oh, es muy simple! —continuó Devanne—. La antevíspera de la batalla de Arques, el rey Enrique IV vino a cenar y a dormir a este castillo. A las once de la noche, Louise de Tancarville, la dama más bella de Normandía, fue introducida ante él por el subterráneo con la complicidad del duque Edgard, quien, en esa ocasión, desveló el secreto de familia. Este secreto, Enrique IV se lo confió más tarde a su ministro Sully, quien relata la anécdota en sus *Économies royales d'État* sin acompañarla de otro comentario que esta frase incomprensible:

«El hacha gira en el aire que tiembla, pero el ala se abre, y se va hasta Dios.»

Hubo un silencio, y Velmont se mofó:

—No es de una claridad cegadora.

—¿Verdad que no? El señor cura sostiene que Sully anotó con ello la clave del enigma, sin traicionar el secreto a los escribas a quienes dictaba sus memorias.

—La hipótesis es ingeniosa.

—Lo concedo, pero, ¿qué hacha es esa que gira, y qué pájaro es ese que alza el vuelo?

—¿Y qué es lo que va hasta Dios?

—¡Misterio!

Velmont reanudó:

—Y ese buen Luis XVI, ¿fue también para recibir la visita de una dama que se hizo abrir el subterráneo?

—Lo ignoro. Todo lo que se puede decir es que Luis XVI se alojó en 1784 en Thibermesnil, y que el famoso armario de hierro, encontrado en el Louvre por denuncia de Gamain, contenía un papel con estas palabras escritas por él: «Thibermesnil: 2-6-12».

Horace Velmont soltó una carcajada:

—¡Victoria! Las tinieblas se disipan cada vez más. Dos por seis son doce.

—Ría a su gusto, señor —dijo el abate—, pero no por ello deja de ser cierto que estas dos citas contienen la solución, y que un día u otro vendrá alguien que sabrá interpretarlas.

—Herlock Sholmès, para empezar —dijo Devanne—. A menos que Arsène Lupin se le adelante. ¿Qué opina, Velmont?

Velmont se levantó, puso la mano en el hombro de Devanne y declaró:

—Opino que a los datos proporcionados por su libro y por el de la Biblioteca les faltaba una información de la más alta importancia, y que ha tenido usted la gentileza de ofrecérmela. Se lo agradezco.

—¿De modo que...?

—De modo que ahora, habiendo girado el hacha, habiendo huido el pájaro y siendo dos por seis doce, no me queda más que ponerme en campaña.

—Sin perder un minuto.

—¡Sin perder un segundo! ¿No es necesario que esta noche, es decir, antes de la llegada de Herlock Sholmès, desvalije yo su castillo?

—Es un hecho que apenas tiene tiempo. ¿Quiere que lo acompañe?

—¿Hasta Dieppe?

—Hasta Dieppe. Aprovecharé para traer yo mismo al señor y a la señora d'Androl y a una joven amiga suya que llegan en el tren de medianoche.

Y dirigiéndose a los oficiales, Devanne añadió:

—Por otra parte, nos encontraremos todos aquí mañana para almorzar, ¿no es así, señores? Cuento con ustedes, puesto que este

castillo debe ser cercado por sus regimientos y tomado por asalto a eso de las once.

La invitación fue aceptada, se separaron, y un instante más tarde, un 20-30 Étoile d'or se llevaba a Devanne y a Vermont por la carretera de Dieppe. Devanne dejó al pintor ante el casino y se dirigió a la estación.

A medianoche, sus amigos bajaron del tren. A las doce y media, el automóvil franqueaba las puertas de Thibermesnil. A la una, tras una cena ligera servida en el salón, cada uno se retiró. Poco a poco, todas las luces se apagaron. El gran silencio de la noche envolvió el castillo.

Pero la luna apartó las nubes que la velaban y, por dos de las ventanas, llenó el salón de una claridad blanca. Solo duró un momento. Muy pronto la luna se escondió tras la cortina de las colinas. Y se hizo la oscuridad. El silencio aumentó con la sombra más espesa. Apenas, de vez en cuando, lo turbaban crujidos de muebles, o bien el susurro de los juncos en el estanque que baña los viejos muros con sus aguas verdes.

El reloj desgranaba el rosario infinito de los segundos. Dio las dos. Luego, de nuevo, los segundos cayeron presurosos y monótonos en la pesada paz de la noche. Luego dieron las tres.

Y de repente algo resonó, como lo hace, al paso de un tren, el disco de una señal que se abre y se abate. Y un fino haz de luz atravesó el salón de parte a parte, como una flecha que dejara tras de sí una estela centelleante. Brotó de la acanaladura central de una pilastra en la que se apoya, a la derecha, el frontón de la biblioteca. Se inmobilizó primero en el panel opuesto en un círculo resplandeciente, luego se paseó por todas partes como una mirada inquieta que escruta la sombra, y luego se desvaneció para brotar de nuevo, mientras toda una parte de la biblioteca giraba sobre sí misma y descubría una ancha abertura, en forma de bóveda.

Entró un hombre que sostenía en la mano una linterna eléctrica. Surgieron otro hombre y un tercero que llevaban un rollo de cuerdas y diferentes instrumentos. El primero inspeccionó la estancia, escuchó y dijo:

—Llamad a los camaradas.

De esos camaradas, vinieron ocho por el subterráneo, mozos fornidos, de rostro enérgico. Y la mudanza comenzó.

Fue rápida. Arsène Lupin pasaba de un mueble a otro, lo examinaba y, según sus dimensiones o su valor artístico, lo perdonaba u ordenaba:

—¡Lléváoslo!

Y el objeto era retirado, tragado por la boca abierta del túnel, despachado a las entrañas de la tierra.

Y así fueron escamoteados seis sillones y seis sillas Luis XV, y tapices de Aubusson, y candelabros firmados por Gouthière, y dos Fragonard, y un Nattier, y un busto de Houdon, y estatuillas. A veces Lupin se demoraba ante un magnífico bargueño o un soberbio cuadro y suspiraba:

—Demasiado pesado, este... demasiado grande... ¡qué lástima!

Y continuaba su peritaje.

En cuarenta minutos, el salón fue «despejado» según la expresión de Arsène. Y todo ello se había realizado con un orden admirable, sin ningún ruido, como si todos los objetos que manejaban esos hombres estuvieran guarnecidos de una espesa guata.

Dijo entonces al último de ellos que se marchaba, portador de un reloj de sobremesa firmado por Boulle:

—Inútil que volváis. Queda entendido, ¿no es así?, que en cuanto el autocamión esté cargado, os marcháis hasta el granero de Roquefort.

—¿Pero usted, jefe?

—Que me dejen la motocicleta.

Una vez que el hombre se hubo marchado, empujó, hasta cerrarlo, el panel móvil de la biblioteca, y luego, tras hacer desaparecer las huellas de la mudanza, borrando las marcas de pisadas, levantó una portezuela y penetró en una galería que servía de comunicación entre la torre y el castillo. En medio había una vitrina, y era a causa de esta vitrina que Arsène Lupin había proseguido sus investigaciones.

Contenía maravillas, una colección única de relojes, tabaqueras, anillos, castellanas, miniaturas de la más bella factura. Con unas tenazas forzó la cerradura, y fue para él un placer inexprimible tomar esas joyas de oro y plata, esas pequeñas obras de un arte tan precioso y delicado.

Llevaba, cruzada en bandolera alrededor del cuello, una ancha bolsa de tela especialmente dispuesta para estas gangas. La llenó. Y llenó también los bolsillos de su chaqueta, de su pantalón y de su chaleco. Y cerraba su brazo izquierdo sobre una pila de esos ridículos de perlas tan apreciados por nuestros antepasados y que la moda actual busca con tanta pasión... cuando un ligero ruido golpeó su oído.

Escuchó: no se equivocaba, el ruido se precisaba.

Y de repente recordó: en el extremo de la galería, una escalera interior conducía a un apartamento, desocupado hasta entonces, pero que, desde esa noche, estaba reservado a esa joven que Devanne había ido a buscar a Dieppe, con sus amigos los d'Androl.

Con un gesto rápido, presionó con el dedo el resorte de su linterna: se apagó. Apenas había ganado la tronera de una ventana cuando, en lo alto de la escalera, se abrió la puerta y un débil resplandor iluminó la galería.

Tuvo la sensación —pues, medio oculto por una cortina, no veía— de que una persona descendía con precaución los primeros escalones. Esperó que no fuera más lejos. Sin embargo, descendió y

avanzó varios pasos en la estancia. Pero lanzó un grito. Sin duda había visto la vitrina rota, casi vacía.

Por el perfume, reconoció la presencia de una mujer. Sus ropas rozaban casi la cortina que lo disimulaba, y le pareció oír latir el corazón de esa mujer, y que ella también adivinaba la presencia de otro ser, detrás de ella, en la sombra, al alcance de su mano... Se dijo: «Tiene miedo... se va a ir... es imposible que no se vaya». No se fue. La vela que temblaba en su mano se afirmó. Se volvió, dudó un instante, pareció escuchar el silencio espantoso, y luego, de un tirón, apartó la cortina.

Se vieron.

Arsène murmuró, trastornado:

—Usted... usted... señorita.

Era miss Nelly.

¡Miss Nelly! La pasajera del Transatlántico, la que había mezclado sus sueños con los sueños del joven durante aquella inolvidable travesía, la que había asistido a su arresto y que, antes que traicionarlo, había tenido el hermoso gesto de arrojar al mar la Kodak donde él había escondido las joyas y los billetes de banco... ¡Miss Nelly! ¡La querida y sonriente criatura cuya imagen había entristecido o alegrado tan a menudo sus largas horas de prisión!

El azar que los ponía en presencia uno del otro en ese castillo y a esa hora de la noche era tan prodigioso que no se movían ni pronunciaban una palabra, estupefactos, como hipnotizados por la fantástica aparición que eran el uno para el otro.

Vacilante, rota de emoción, miss Nelly tuvo que sentarse.

Él permaneció de pie frente a ella. Y poco a poco, en el transcurso de los segundos interminables que transcurrieron, tomó conciencia de la impresión que debía de dar en ese instante, con los brazos cargados de baratijas, los bolsillos hinchados y su saco lleno a reventar. Una gran confusión lo invadió, y se sonrojó de encontrarse allí, en esa fea postura del ladrón al que se sorprende en flagrante

delito. Para ella, en adelante, pasara lo que pasara, él era el ladrón, el que mete la mano en el bolsillo de los demás, el que fuerza las puertas y se introduce furtivamente.

Uno de los relojes rodó por la alfombra, otro también. Y otras cosas más iban a deslizarse de sus brazos, que no sabía cómo retener. Entonces, decidiéndose bruscamente, dejó caer sobre el sillón una parte de los objetos, vació sus bolsillos y se deshizo de su saco.

Se sintió más a gusto ante Nelly, e hizo un paso hacia ella con la intención de hablarle. Pero ella tuvo un gesto de retroceso, luego se levantó vivamente, como presa de espanto, y se precipitó hacia el salón. La portezuela se cerró tras ella; él la alcanzó. Estaba allí, desconcertada, temblorosa, y sus ojos contemplaban con terror la inmensa estancia devastada.

Inmediatamente él le dijo:

—A las tres, mañana, todo estará de nuevo en su sitio... Los muebles serán devueltos...

Ella no respondió, y él repitió:

—Mañana, a las tres, me comprometo... Nada en el mundo podrá impedirme cumplir mi promesa... Mañana, a las tres...

Un largo silencio pesó sobre ellos. Él no se atrevía a romperlo, y la emoción de la joven le causaba un verdadero sufrimiento. Suavemente, sin una palabra, se alejó de ella.

Y pensaba:

«¡Que se vaya!... ¡Que se sienta libre de irse!... ¡Que no me tenga miedo!...»

Pero de repente ella se estremeció y balbuceó:

—Escuche... pasos... oigo caminar...

Él la miró con asombro. Parecía trastornada, como ante la proximidad de un peligro.

—No oigo nada —dijo él—, y aunque así fuera...

—¡Cómo! Pero hay que huir... rápido, huya...

—¿Huir?... ¿por qué?

—Es necesario... es necesario... ¡Ah, no se quede!...

De un tirón corrió hasta la entrada de la galería y aguzó el oído. No, no había nadie. ¿Quizá el ruido venía de fuera?... Esperó un segundo y luego, tranquilizada, se volvió.

Arsène Lupin había desaparecido.

En el mismo instante en que Devanne constató el saqueo de su castillo, se dijo: «Ha sido Vermont quien ha dado el golpe, y Vermont no es otro que Arsène Lupin». Todo se explicaba así, y de ninguna otra manera. Esta idea, por otra parte, apenas lo rozó, tan inverosímil era que Vermont no fuera Vermont, es decir, el pintor conocido, el compañero de club de su primo d'Estevan. Y cuando el brigada de la gendarmería, inmediatamente avisado, se presentó, Devanne ni siquiera pensó en comunicarle esta suposición absurda.

Toda la mañana fue, en Thibermesnil, un ir y venir indescriptible. Los gendarmes, el guardia rural, el comisario de policía de Dieppe, los habitantes del pueblo, todo ese mundo se agitaba en los pasillos, o en el parque, o alrededor del castillo. La proximidad de las tropas en maniobras, el crepitar de los fusiles, añadían pintoresquismo a la escena.

Las primeras pesquisas no arrojaron ningún indicio. Como las ventanas no habían sido rotas ni las puertas forzadas, sin duda la mudanza se había efectuado por la salida secreta. Sin embargo, en la alfombra, ninguna huella de pisada; en las paredes, ninguna marca insólita.

Una sola cosa, inesperada, y que denotaba bien la fantasía de Arsène Lupin: la famosa *Crónica* del siglo XVI había vuelto a su

antiguo lugar y, a su lado, se encontraba un libro similar, que no era otro que el ejemplar robado de la Biblioteca Nacional.

A las once, llegaron los oficiales. Devanne los acogió alegremente —por mucho que le molestara la pérdida de tales riquezas artísticas, su fortuna le permitía soportarla sin mal humor—. Sus amigos los d'Androl y Nelly bajaron.

Hechas las presentaciones, se dieron cuenta de que faltaba un comensal: Horace Vermont. ¿No vendría?

Su ausencia habría despertado las sospechas de Georges Devanne. Pero a las doce en punto, entró. Devanne exclamó:

—¡A buena hora! ¡Ya está usted aquí!

—¿No soy puntual?

—Sí, pero podría no haberlo sido... ¡después de una noche tan agitada! Porque, ¿sabe la noticia?

—¿Qué noticia?

—Ha desvalijado usted el castillo.

—¡Vamos!

—Como se lo digo. Pero primero ofrezca su brazo a Miss Underdown, y pasemos a la mesa... Señorita, permítame...

Se interrumpió, sorprendido por la turbación de la joven. Luego, de repente, recordando:

—Es verdad, a propósito, usted viajó con Arsène Lupin, antaño... antes de su arresto... El parecido le asombra, ¿no es así?

Ella no respondió. Frente a ella, Vermont sonreía. Se inclinó, ella tomó su brazo. Él la condujo a su sitio y se sentó frente a ella.

Durante el almuerzo no se habló más que de Arsène Lupin, de los muebles sustraídos, del subterráneo, de Herlock Sholmès. Solo al final de la comida, cuando se abordaron otros temas, Vermont se unió a la conversación. Fue sucesivamente divertido y grave,

elocuente e ingenioso. Y todo lo que decía, parecía no decirlo más que para interesar a la joven. Muy absorta, ella no parecía oírlo.

Se sirvió el café en la terraza que domina el patio de honor y el jardín francés, del lado de la fachada principal. En medio del césped, la música del regimiento se puso a tocar, y la multitud de campesinos y soldados se esparció por las avenidas del parque.

Mientras tanto, Nelly recordaba la promesa de Arsène Lupin: «A las tres todo estará aquí, me comprometo».

¡A las tres! Y las agujas del gran reloj que adornaba el ala derecha marcaban las dos y cuarenta. Las miraba a cada instante a su pesar. Y miraba también a Vermont, que se balanceaba apaciblemente en una cómoda mecedora.

Las dos y cincuenta... las dos y cincuenta y cinco... una especie de impaciencia, mezclada con angustia, atenazaba a la joven. ¿Era admisible que el milagro se cumpliera, y que se cumpliera en el minuto fijado, cuando el castillo, el patio, el campo estaban llenos de gente, y en ese mismo momento el fiscal de la República y el juez de instrucción proseguían su investigación?

Y sin embargo... sin embargo, ¡Arsène Lupin había prometido con tal solemnidad! «Será como él ha dicho», pensó ella, impresionada por todo lo que había en ese hombre de energía, de autoridad y de certeza. Y ya no le parecía un milagro, sino un acontecimiento natural que debía producirse por la fuerza de las cosas.

Un segundo, sus miradas se cruzaron. Ella se sonrojó y desvió la cabeza.

Las tres... Sonó la primera campanada, la segunda, la tercera... Horace Vermont sacó su reloj, levantó los ojos hacia el de la torre y luego volvió a guardárselo en el bolsillo. Transcurrieron unos segundos. Y he aquí que la multitud se apartó, alrededor del césped, abriendo paso a dos carros que acababan de franquear la verja del parque, tirados cada uno por dos caballos. Eran de esos furgones que siguen a los regimientos y que transportan las cantinas de los oficiales y los sacos de los soldados. Se detuvieron ante el perrón.

Un sargento furriel saltó de uno de los asientos y preguntó por el señor Devanne.

Devanne acudió y bajó los escalones. Bajo las lonas vio, cuidadosamente ordenados, bien envueltos, sus muebles, sus cuadros, sus objetos de arte.

A las preguntas que se le hicieron, el furriel respondió exhibiendo la orden que había recibido del ayudante de servicio, y que este ayudante había tomado, por la mañana, en el parte. Por esta orden, la segunda compañía del cuarto batallón debía proveer a que los objetos mobiliarios depositados en el cruce de Les Halleux, en el bosque de Arques, fueran llevados a las tres al señor Georges Devanne, propietario del castillo de Thibermesnil. Firmado: el coronel Beauvel.

—En el cruce —añadió el sargento—, todo se encontraba listo, alineado sobre el césped, y bajo la custodia... de los transeúntes. Me pareció raro, pero, ¡qué remedio!, la orden era categórica.

Uno de los oficiales examinó la firma: estaba perfectamente imitada, pero era falsa.

La música había dejado de tocar; se vaciaron los furgones, se reintegraron los muebles.

En medio de esta agitación, Nelly se quedó sola en el extremo de la terraza. Estaba seria y preocupada, agitada por pensamientos confusos que no intentaba formular. De repente, vio a Vermont que se acercaba. Deseó evitarlo, pero el ángulo de la balaustrada que bordea la terraza la rodeaba por dos lados, y una línea de grandes maceteros de arbustos —naranjos, adelfas y bambúes— no le dejaba otra retirada que el camino por el que avanzaba el joven. No se movió. Un rayo de sol temblaba sobre sus cabellos de oro, agitado por las frágiles hojas de un bambú. Alguien pronunció en voz muy baja:

—He cumplido mi promesa de esta noche.

Arsène Lupin estaba junto a ella, y a su alrededor no había nadie.

Repitió, con actitud vacilante, con voz tímida:

—He cumplido mi promesa de esta noche.

Esperaba una palabra de agradecimiento, un gesto al menos que probara el interés que ella tomaba en ese acto. Ella guardó silencio.

Este desprecio irritó a Arsène Lupin y, al mismo tiempo, tenía el sentimiento profundo de todo lo que lo separaba de Nelly, ahora que ella sabía la verdad. Hubiera querido disculparse, buscar excusas, mostrar su vida en lo que tenía de audaz y de grande. Pero, de antemano, las palabras lo herían, y sentía lo absurdo y la insolencia de toda explicación. Entonces murmuró tristemente, invadido por una oleada de recuerdos:

—¡Qué lejos está el pasado! ¿Recuerda las largas horas en el puente del *Provence*? ¡Ah, mire!... tenía usted, como hoy, una rosa en la mano, una rosa pálida como esta... Se la pedí... usted no pareció oír... Sin embargo, después de su partida, encontré la rosa... olvidada sin duda... La he guardado...

Ella no respondió todavía. Parecía muy lejos de él. Continuó:

—En memoria de esas horas, no piense en lo que sabe. ¡Que el pasado se una al presente! ¡Que yo no sea el que vio esta noche, sino el de antaño, y que sus ojos me miren, aunque solo sea un segundo, como me miraban!... Se lo ruego... ¿Ya no soy el mismo?

Ella levantó los ojos, como él pedía, y lo miró. Luego, sin una palabra, posó su dedo sobre un anillo que él llevaba en el índice. Solo se podía ver el aro, pero el chatón, vuelto hacia el interior, estaba formado por un rubí maravilloso.

Arsène Lupin se sonrojó. Ese anillo pertenecía a Georges Devanne.

Sonrió con amargura:

—Tiene usted razón. Lo que ha sido, siempre será. Arsène Lupin no es y no puede ser más que Arsène Lupin, y entre usted y él, no puede haber siquiera un recuerdo... Perdóneme... Debería haber comprendido que mi sola presencia junto a usted es un ultraje...

Se apartó a lo largo de la balaustrada, con el sombrero en la mano. Nelly pasó ante él. Estuvo tentado de retenerla, de implorarle. Le faltó la audacia, y la siguió con los ojos, como en el lejano día en que ella cruzaba la pasarela en el muelle de Nueva York. Subió los escalones que conducen a la puerta. Un instante más su fina silueta se dibujó entre los mármoles del vestíbulo. Ya no la vio más.

Una nube oscureció el sol. Arsène Lupin observaba, inmóvil, la huella de los pequeños pasos impresa en la arena. De repente, se estremeció: sobre el macetero de bambú contra el que Nelly se había apoyado yacía la rosa, la rosa pálida que no se había atrevido a pedirle... ¿Olvidada sin duda, también ella? Pero, ¿olvidada voluntariamente o por distracción?

La cogió ardientemente. Se desprendieron pétalos. Los recogió uno a uno como reliquias...

—Vamos —se dijo—, ya no tengo nada que hacer aquí. Pensemos en la retirada. Tanto más cuanto que si Herlock Sholmès se mete, la cosa podría ponerse fea.

El parque estaba desierto. Sin embargo, cerca del pabellón que custodia la entrada, se encontraba un grupo de gendarmes. Se adentró en los matorrales, escaló el muro del recinto y tomó, para dirigirse a la estación más cercana, un sendero que serpenteaba entre los campos. No había caminado ni diez minutos cuando el camino se estrechó, encajonado entre dos taludes, y cuando llegaba a este desfiladero, alguien se adentraba en él que venía en sentido contrario.

Era un hombre de unos cincuenta años quizá, bastante fuerte, con el rostro afeitado, y cuyo atuendo precisaba su aspecto extranjero. Llevaba en la mano un pesado bastón y un morral le colgaba del cuello.

Se cruzaron. El extranjero dijo, con un acento inglés apenas perceptible:

—Disculpe, señor... ¿es este el camino del castillo?

—Todo recto, señor, y a la izquierda en cuanto esté al pie del muro. Se le espera con impaciencia.

—¡Ah!

—Sí, mi amigo Devanne nos anunciaba su visita desde anoche.

—Peor para el señor Devan-ne si ha hablado demasiado.

—Y estoy feliz de ser el primero en saludarle. Herlock Sholmès no tiene un admirador más ferviente que yo.

Hubo en su voz un matiz imperceptible de ironía que lamentó al instante, pues Herlock Sholmès lo consideró de pies a cabeza, y con una mirada a la vez tan envolvente y tan aguda, que Arsène Lupin tuvo la impresión de ser capturado, aprisionado, registrado por esa mirada, más exacta y esencialmente de lo que lo había sido jamás por ningún aparato fotográfico.

«La foto está hecha», pensó. «Ya no vale la pena disfrazarse con este tipo. Solo que... ¿me habrá reconocido?»

Se saludaron. Pero resonó un ruido de pasos, un ruido de caballos que caracoleaban en un tintineo de acero. Eran los gendarmes. Los dos hombres tuvieron que pegarse al talud, en la hierba alta, para evitar ser arrollados. Los gendarmes pasaron, y como se seguían a cierta distancia, fue bastante largo. Y Lupin pensaba:

«Todo depende de esta pregunta: ¿me ha reconocido? Si es así, hay muchas posibilidades de que abuse de la situación. El problema es angustioso.»

Cuando el último jinete los hubo sobrepasado, Herlock Sholmès se levantó y, sin decir nada, se cepilló la ropa manchada de polvo. La correa de su morral estaba enredada en una rama de espinos. Arsène Lupin se apresuró a ayudarlo. Un segundo más se examinaron. Y, si alguien hubiera podido sorprenderlos en ese instante, habría sido un espectáculo emocionante el primer encuentro de esos dos hombres, tan extraños, tan poderosamente

armados, ambos verdaderamente superiores, y destinados fatalmente por sus aptitudes especiales a chocar como dos fuerzas iguales que el orden de las cosas empuja una contra la otra a través del espacio.

Luego el inglés dijo:

—Le agradezco, señor.

—A su entero servicio —respondió Lupin.

Se separaron. Lupin se dirigió hacia la estación; Herlock Sholmès, hacia el castillo.

El juez de instrucción y el fiscal se habían marchado tras vanas pesquisas, y se esperaba a Herlock Sholmès con una curiosidad que justificaba su gran reputación. Se sintieron un poco decepcionados por su aspecto de buen burgués, que difería tan profundamente de la imagen que se habían hecho de él. No tenía nada del héroe de novela, del personaje enigmático y diabólico que evoca en nosotros la idea de Herlock Sholmès. Devanne, sin embargo, exclamó lleno de exuberancia:

—¡En fin, Maestro, es usted! ¡Qué felicidad! Hace tanto tiempo que esperaba... Estoy casi feliz de todo lo que ha pasado, puesto que me depara el placer de verlo. Pero, a propósito, ¿cómo ha venido?

—¡En tren!

—¡Qué lástima! Le había enviado, sin embargo, mi automóvil al desembarcadero.

—¡Una llegada oficial, no es así, con tambor y música! Excelente medio para facilitarme la tarea —gruñó el inglés.

Este tono poco amable desconcertó a Devanne, quien, esforzándose por bromear, reanudó:

—La tarea, afortunadamente, es más fácil de lo que le había escrito.

—¿Y por qué?

—Porque el robo tuvo lugar esta noche.

—Si no hubiera anunciado usted mi visita, señor, es probable que el robo no hubiera tenido lugar esta noche.

—¿Y cuándo, entonces?

—Mañana, u otro día.

—¿Y en ese caso?

—Lupin habría caído en la trampa.

—¿Y mis muebles?

—No habrían sido sustraídos.

—Mis muebles están aquí.

—¿Aquí?

—Han sido devueltos a las tres.

—¿Por Lupin?

—Por dos furgones militares.

Herlock Sholmès se caló violentamente el sombrero en la cabeza y se ajustó el morral; pero Devanne, hecho un manojó de nervios, exclamó:

—¿Qué hace?

—Me voy.

—¿Y por qué?

—Sus muebles están aquí, Arsène Lupin está lejos. Mi papel ha terminado.

—Pero necesito absolutamente su ayuda, querido señor. Lo que pasó ayer puede repetirse mañana, puesto que ignoramos lo más importante: cómo entró Arsène Lupin, cómo salió, y por qué, unas horas más tarde, procedió a esta restitución.

—¡Ah, lo ignoran...!

La idea de un secreto por descubrir ablandó a Herlock Sholmès.

—De acuerdo, busquemos. Pero rápido, ¿de acuerdo?, y, en la medida de lo posible, solos.

La frase designaba claramente a los presentes. Devanne comprendió e introdujo al inglés en el salón. Con un tono seco, en frases que parecían contadas de antemano, ¡y con qué parsimonia!, Sholmès le hizo preguntas sobre la velada de la víspera, sobre los comensales que se encontraban allí, sobre los habituales del castillo. Luego examinó los dos volúmenes de la *Crónica*, comparó los mapas del subterráneo, se hizo repetir las citas recogidas por el abate Gélis y preguntó:

—¿Fue ayer cuando, por primera vez, habló usted de estas dos citas?

—Ayer.

—¿Nunca se las había comunicado al señor Horace Vermont?

—Jamás.

—Bien. Ordene su automóvil. Parto en una hora.

—¡En una hora!

—Arsène Lupin no tardó más en resolver el problema que usted le planteó.

—¡Yo!... le planteé...

—¡Eh, sí! Arsène Lupin y Vermont son la misma cosa.

—Lo sospechaba... ¡ah, el bribón!

—Pues bien, anoche, a las diez, usted proporcionó a Lupin los elementos de la verdad que le faltaban y que buscaba desde hacía semanas. Y, en el transcurso de la noche, Lupin encontró tiempo para comprender, reunir a su banda y desvalijarlo. Tengo la pretensión de ser igual de expeditivo.

Se paseó de un extremo a otro de la estancia reflexionando, luego se sentó, cruzó sus largas piernas y cerró los ojos.

Devanne esperó, bastante desconcertado.

«¿Duerme? ¿Reflexiona?»

Por si acaso, salió para dar órdenes. Cuando regresó, lo vio al pie de la escalera de la galería, de rodillas, escrutando la alfombra.

—¿Qué ocurre?

—Mire... ahí... esas manchas de cera...

—Vaya, en efecto... y muy frescas...

—Y puede observar otras igualmente en lo alto de la escalera, y más aún alrededor de esta vitrina que Arsène Lupin forzó, y de la que retiró las baratijas para depositarlas en este sillón.

—¿Y qué concluye?

—Nada. Todos estos hechos explicarían sin duda la restitución que él operó. Pero es un aspecto de la cuestión que no tengo tiempo de abordar. Lo esencial es el trazado del subterráneo.

—Usted espera todavía...

—No espero, sé. Existe, ¿no es así, una capilla a doscientos o trescientos metros del castillo?

—Una capilla en ruinas, donde se encuentra la tumba del duque Rollon.

—Dígale a su chófer que nos espere junto a esa capilla.

—Mi chófer aún no ha vuelto... Deben avisarme... Pero, por lo que veo, usted estima que el subterráneo desemboca en la capilla. ¿Basado en qué indicio...?

Herlock Sholmès lo interrumpió:

—Le rogaría, señor, que me procurara una escalera y una linterna.

—¡Ah! ¿Necesita una linterna y una escalera?

—Aparentemente, puesto que se las pido.

Devanne, un tanto desconcertado por esta ruda lógica, llamó. Los dos objetos fueron traídos.

Las órdenes se sucedieron entonces con el rigor y la precisión de mandos militares.

—Apoye esta escalera contra la biblioteca, a la izquierda de la palabra Thibermesnil...

Devanne apoyó la escalera y el inglés continuó:

—Más a la izquierda... a la derecha... ¡Alto!... Suba... Bien... Todas las letras de esta palabra están en relieve, ¿no es así?

—Sí.

—Ocupémonos de la letra H. ¿Gira en un sentido o en otro?

Devanne agarró la letra H y exclamó:

—¡Pues sí, gira! ¡Hacia la derecha, y un cuarto de vuelta! ¿Quién le ha revelado...?

Sin responder, Herlock Sholmès reanudó:

—¿Puede usted, desde donde está, alcanzar la letra R? Sí... Muévela varias veces, como haría con un cerrojo que se corre y se descorre.

Devanne movió la letra R. Para su gran estupefacción, se produjo un resorte interior.

—Perfecto —dijo Herlock Sholmès—. No le queda más que deslizar su escalera al otro extremo, es decir, al final de la palabra Thibermesnil... Bien... Y ahora, si no me he equivocado, si las cosas se cumplen como deben, la letra L se abrirá como un postigo.

Con cierta solemnidad, Devanne agarró la letra L. La letra L se abrió, pero Devanne se cayó de la escalera, pues toda la parte de la biblioteca situada entre la primera y la última letra de la palabra pivotó sobre sí misma y descubrió la boca del subterráneo.

Herlock Sholmès pronunció, flemático:

—¿No está usted herido?

—No, no —dijo Devanne, levantándose—, herido no, pero aturdido, lo confieso... esas letras que se mueven... ese subterráneo abierto...

—¿Y qué? ¿No es eso exactamente conforme a la cita de Sully?

—¿En qué, señor?

—¡Hombre! La H gira (l'hache tournoie), la R tiembla (l'air frémit) y la L se abre (l'aile s'ouvre)... y eso fue lo que permitió a Enrique IV recibir a la señorita de Tancarville a una hora insólita.

—¿Pero y Luis XVI? —preguntó Devanne, estupefacto.

—Luis XVI era un gran forjador y un hábil cerrajero. He leído un Tratado de las cerraduras de combinación que se le atribuye. Por parte de Thibermesnil, fue un gesto de buen cortesano mostrar a su maestro esta obra maestra de mecánica. Para recordarlo, el rey escribió: 2-6-12, es decir, H, R, L, la segunda, la sexta y la duodécima letra de la palabra.

—¡Ah, perfecto, empiezo a comprender!... Solo que... Si me explico cómo se sale de esta sala, no me explico cómo pudo Lupin penetrar en ella. Porque, fíjese bien, él venía de fuera.

Herlock Sholmès encendió la linterna y avanzó unos pasos en el subterráneo.

—Mire, todo el mecanismo es aparente aquí, como los resortes de un reloj, y todas las letras se encuentran al revés. Lupin no ha tenido más que accionarlas desde este lado del tabique.

—¿Qué prueba hay?

—¿Qué prueba? Vea este charco de aceite. Lupin había previsto incluso que los engranajes necesitarían ser engrasados —dijo Herlock Sholmès no sin admiración.

—¿Pero entonces conocía la otra salida?

—Como la conozco yo. Sígame.

—¿En el subterráneo?

—¿Tiene miedo?

—No, pero ¿está seguro de orientarse?

—Con los ojos cerrados.

Descendieron primero doce escalones, luego otros doce, y todavía dos veces doce más. Luego, tomaron un largo corredor cuyas paredes de ladrillo llevaban la marca de restauraciones sucesivas y que rezumaban por algunos sitios. El suelo estaba húmedo.

—Estamos pasando por debajo del estanque —observó Devanne, nada tranquilo.

El corredor desembocó en una escalera de doce escalones, seguida de otras tres escaleras de doce escalones que subieron penosamente, y salieron a una pequeña cavidad tallada en la misma roca. El camino no iba más lejos.

—¡Diablos! —murmuró Herlock Sholmès—. Solo muros desnudos, esto se vuelve embarazoso.

—Si volviéramos —murmuró Devanne—, porque, al fin y al cabo, no veo ninguna necesidad de saber más. Estoy satisfecho.

Pero, habiendo levantado la cabeza, el inglés soltó un suspiro de alivio: encima de ellos se repetía el mismo mecanismo que en la entrada. No tuvo más que accionar las tres letras. Un bloque de granito basculó. Era, del otro lado, la lápida del duque Rollon, grabada con las doce letras en relieve «Thibermesnil». Y se encontraron en la pequeña capilla en ruinas que el inglés había designado.

—«Y se va hasta Dios», es decir, hasta la capilla —dijo, refiriéndose al final de la cita.

—¡Es posible! —exclamó Devanne, confundido por la clarividencia y la vivacidad de Herlock Sholmès—. ¿Es posible que esta simple indicación le haya bastado?

—¡Bah! —dijo el inglés—. Era incluso inútil. En el ejemplar de la Biblioteca Nacional, el trazo termina a la izquierda, como usted sabe, con un círculo, y a la derecha, usted lo ignora, con una pequeña cruz, pero tan borrada que solo se puede ver con una lupa. Esa cruz significa evidentemente la capilla donde estamos.

El pobre Devanne no daba crédito a sus oídos.

—¡Es inaudito, milagroso, y sin embargo de una simplicidad infantil! ¿Cómo es que nadie ha desvelado jamás este misterio?

—Porque nadie ha reunido jamás los tres o cuatro elementos necesarios, es decir, los dos libros y las citas... Nadie, salvo Arsène Lupin y yo.

—Pero yo también —objetó Devanne—, y el abate Gélis... Ambos sabíamos tanto como usted, y sin embargo...

Sholmès sonrió.

—Señor Devanne, no todo el mundo es apto para descifrar enigmas.

—Pero llevo diez años buscando. Y usted, en diez minutos...

—¡Bah!, la costumbre...

Salieron de la capilla y el inglés exclamó:

—¡Vaya, un automóvil esperando!

—¡Pero si es el mío!

—¿El suyo? Pero pensaba que el chófer no había vuelto.

—En efecto... y me pregunto...

Se adelantaron hasta el coche, y Devanne, interpelando al chófer:

—Édouard, ¿quién le ha dado la orden de venir aquí?

—Pues —respondió el hombre—, ha sido el señor Velmont.

—¿El señor Velmont? ¿Lo ha encontrado usted, entonces?

—Cerca de la estación, y me dijo que me dirigiera a la capilla.

—¡Que se dirigiera a la capilla! ¿Pero por qué?

—Para esperar al señor... y al amigo del señor.

Devanne y Herlock Sholmès se miraron. Devanne dijo:

—Ha comprendido que el enigma sería un juego para usted. El homenaje es delicado.

Una sonrisa de satisfacción frunció los finos labios del detective. El homenaje le agradaba. Sentenció, moviendo la cabeza:

—Es un hombre. Además, nada más verlo, ya lo había juzgado.

—¿Lo ha visto usted, entonces?

—Nos hemos cruzado hace un rato.

—¿Y sabía que era Horace Velmont, quiero decir, Arsène Lupin?

—No, pero no tardé en adivinarlo... por una cierta ironía de su parte.

—¿Y lo ha dejado escapar?

—A fe mía, sí... y eso que tenía la partida ganada... pasaban cinco gendarmes.

—¡Pero, diantre! ¡Era la ocasión o nunca de aprovechar...!

—Justamente, señor —dijo el inglés con altivez—, cuando se trata de un adversario como Arsène Lupin, Herlock Sholmès no aprovecha las ocasiones... las crea...

Pero la hora apremiaba y, puesto que Lupin había tenido la encantadora atención de enviar el automóvil, había que aprovecharlo sin demora. Devanne y Herlock Sholmès se instalaron en el fondo de la confortable limusina. Édouard dio vuelta a la manivela y partieron. Campos, bosquesillos desfilaron. Las suaves ondulaciones del país de Caux se allanaron ante ellos. De repente, los ojos de Devanne fueron atraídos por un pequeño paquete colocado en una de las guanteras.

—Vaya, ¿qué es esto? ¡Un paquete! ¿Y para quién? Pues es para usted.

—¿Para mí?

—Lea: «Señor Herlock Sholmès, de parte de Arsène Lupin».

El inglés cogió el paquete, lo desató, retiró las dos hojas de papel que lo envolvían. Era un reloj.

—¡Aoh! —dijo, acompañando esta exclamación con un gesto de cólera.

—Un reloj —dijo Devanne—. ¿Es que por casualidad...?

El inglés не ответил.

—¡Cómo! ¡Es su reloj! ¡Arsène Lupin le devuelve su reloj! ¡Pero si se lo devuelve es que lo había cogido!... ¡Había cogido su reloj! ¡Ah, esta sí que es buena, el reloj de Herlock Sholmès sustraído por Arsène Lupin! ¡Dios, qué gracioso! No, de verdad... me disculpará... pero es más fuerte que yo.

Reía a carcajadas, incapaz de contenerse. Y cuando se hubo reído a gusto, afirmó, con tono convencido:

—¡Oh, es un hombre, en efecto!

El inglés no se inmutó. Hasta Dieppe, no pronunció una palabra, con los ojos fijos en el horizonte huidizo. Su silencio fue terrible, insondable, más violento que la rabia más feroz. En el desembarcadero, dijo simplemente, sin cólera esta vez, pero con un tono en el que se sentía toda la voluntad y toda la energía del personaje:

—Sí, es un hombre, y un hombre sobre cuyo hombro tendré el placer de posar esta mano que le tiendo, señor Devanne. Y tengo la idea, fijese, de que Arsène Lupin y Herlock Sholmès se encontrarán de nuevo un día u otro... Sí, el mundo es demasiado pequeño para que no se encuentren... y ese día...

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB